

Cristina Ramírez, *Ordalía*

Por Jaime González Cela y Manuela Pedrón Nicolau

La última peli *slasher* que hemos visto es seguramente una de las más antiguas que se identifican con el género: *El caso de Lucy Harbin*, de 1964. Joan Crawford interpreta a Lucy que antes del minuto cinco ya ha cortado dos cabezas con un hacha, la de su marido y la de la amante de este. Después de veinte años internada en un psiquiátrico, Lucy vuelve con su hija y entonces misteriosamente vuelven los asesinatos. Esta película aparecía etiquetada como *slasher* en la plataforma donde la vimos aunque también encajaría con el terror psicológico, un precedente claro. *Slasher* es un subgénero dentro de las películas de miedo que tomó fuerza en los años ochenta y se reprodujo durante las siguientes tres décadas con sagas y secuelas. El patrón narrativo del *slasher* es el de un grupo de personas que son atacadas por un misterioso asesino en serie. Muy a menudo se trata de personajes jóvenes y van cayendo uno tras otro en una perturbadora y predecible jerarquía –en nuestra generación estas películas intentan marcar las conductas sociales de la adolescencia, proyectando miedos sobre cualquier excursión con colegas al campo para las más caguetas y provocando risotadas a las más fans de la pelis de terror–. *El caso de Lucy Harbin* no sigue exactamente este patrón, aunque sí anticipa algunos elementos característicos, quizá se trate de un *protoslasher*. Los papeles protagonistas los ocupan mujeres y aunque sus acciones están determinadas por una locura histérica y despechada, al menos no son *final girls* –ese personaje femenino que sobrevive en las películas de terror y que por lo general responde a la figura de una joven virgen, inteligente y valiente que gracias a su astucia, ingenio y bondad es la única que no acaba muerta–.

A Cristina Ramírez las *final girls* tampoco le interesan, pero sí los distintos géneros del terror, que junto a los de la ciencia ficción, inspiran a menudo su trabajo en el ámbito del dibujo. Tomando las estrategias narrativas del *slasher*, a donde apunta esta nueva serie de obras titulada *Ordalía* es a los otros cuerpos, a los que sí caen por no ejemplificar los valores modélicos, a los que no se salvan. Y ahí va otro concepto en inglés: el *body count*, que en el género de los asesinatos en serie se usa para referirse a todos ellos, a esos cuerpos que se quedan en el camino, a los desechados. Unos cuerpos que ahora te rodean en la sala, en *Orden de aparición* (1, 2, 3 y 4). Te acorralan, sumiéndote en un enmarañamiento de formas que recuerdan intestinos, músculos, encías. Partes del cuerpo que tradicionalmente son atravesadas por las armas de los asesinos en las películas de terror, pero que aquí componen escenas llenas de vísceras que se revuelven contra el arma logrando esquivarla e incluso rodearla, anudándose en una especie de contraataque. Esta subversión de los roles entre armas y tripas es para Cristina Ramírez una forma de ir contra lo establecido en el género de terror, en cuanto producto cultural popular que suele reproducir los tristemente habituales esquemas sociales de exclusión y represión y una escala de valores en la que siempre pierden lxs mismxs.

# la gran

Ramírez ha realizado para esta muestra obras que van de lo intestinal a lo cavernoso, combinando varias técnicas y materiales sobre papeles de distintos formatos, con los más grandes desbordándose en murales. Para ello usa tinta china, acrílicos, lápices y aerosoles y una muy especial gama de negros, como suele ser habitual en su trabajo. Pero en esta exposición el color negro se limita exclusivamente a las armas, que aparecen fallando sus ataques, siendo rodeadas por esas formas de colores rosados, como de víscera inocente. Sólo en un caso el supuesto cuchillo no aparece en negro liso y mate, es en el díptico *Puñalada 1 y Puñalada 2* donde la hoja del arma se contamina. En este caso parece que el cuchillo ha logrado impactar, pero incluso aquí el cuerpo atacado ya no es solo víctima inocente, sino que tiene agencia, es decir capacidad de actuar y contraatacar contaminando así al agresor. Y lo que no son armas son vísceras, o quizá columnas de cavernas imposibles, que Ramírez logra plasmar con una técnica minuciosa, cuidada, que reproduce un entramado entre lo mineral y el tejido intestinal. La muestra cierra con *Lagas*, un cuerpo nuevo que nos remite a los que luchan, pero que ya no es igual, es sólido y tenso, ¿un continuará?

Para acabar, un último concepto que es en realidad el primero, el título: *ordalía*. Un término que remite a los mecanismos para determinar la inocencia o culpabilidad en la Edad Media. Ritos en los que, al igual que los sistemas de justicia sesgados actuales, el veredicto se firma antes del proceso. Y eso es lo que les ocurre a los personajes que son carne de *body count*: que se construyen para soportar y reproducir violencias y opresiones. Mueren los que deben morir para que el imaginario de la jerarquía social y sus valores quede impoluto. Frente a estas ordalías del cine comercial, los dibujos de Cristina Ramírez nos llevan a otras donde los cuerpos se reorganizan desde sus propias profundidades para esquivar, rodear y casi bailar con su atacante.

[Texto de la exposición *Ordalía* de Cristina Ramírez. En La Gran de 22/4/23 a 1/7/23]